

VICTIMA

Después de acabar la carrera me concedieron una beca para hacer la tesis en Madrid. Como son muchos los gastos y pocos los ingresos de un becario tardé más de un mes en encontrar un alojamiento lo suficientemente barato. Se trata de un apartamento formado por una habitación bastante grande, un pequeño saloncito, cocina independiente y baño. Para los precios de los alquileres me resultó extrañamente barato, pero, como se puede imaginar el lector, no puse ninguna pega al precio. Más tarde me enteré de por qué semejante precio: según el portero, el joven que ocupó con anterioridad mi apartamento murió en extrañas circunstancias. El médico forense fue incapaz de determinar la causa de la muerte. El joven se encontraba totalmente demacrado. Sus huesos estaban vaciados, su sangre apenas si tenía defensas. Era como si le hubiesen extraído lentamente la vida. Al final, tuvo que determinar como causa desconocida la muerte del chico.

Al difundirse el rumor de que un virus muy extraño y contagioso era el motivo de la muerte del joven, nadie quería alquilar el apartamento, bajando radicalmente el precio del arrendamiento, como consecuencia de lo cual disfruto de un apartamento lujoso en pleno centro de Madrid a precio muy barato.

Ojeando la guía de teléfonos por casualidad encontré el documento que a continuación transcribo, en donde se explican las extrañas circunstancias que seguramente llevaron a la muerte al anterior ocupante de mi apartamento. Como se puede notar, se trata de una carta dirigida probablemente a la policía, en un último intento por salvar su vida. Sin embargo, puesto que murió, dicha carta nunca debió llegar a su destino. Su agonía debió ser bastante larga, aunque, por lo que comenta, bastante placentera.

A continuación la transcribo literalmente. Aviso que su contenido puede herir la sensibilidad de algunas personas. He eliminado las partes más crudas del relato para evitar sentirse violento a los lectores más sensibles, pero no puedo por menos de dejar ciertas partes que muestran las artimañas de las que se valen ciertos monstruos (sí, monstruos, porque no tienen otro nombre) para alimentarse (porque creo que lo que buscan es alimentarse) de personas como el lector o como yo mismo.

La carta, dice así:

A quien corresponda y tenga la suficiente potestad para obrar y salvarme:

No sé si conseguiré finalizar mi relato, pues las fuerzas están prontas a abandonarme y ella está a punto de llegar. Con todo, mi instinto de supervivencia, en contra de mi corazón y mis sentidos, me obligan a hacer un último intento por salvar mi vida, porque realmente me muero. Me fallan las fuerzas, la vista se me nubla demasiado, apenas si soy capaz de mantener la concentración. Sólo pienso en ella, en sus ojos, en sus labios, en su cuerpo. Va absorbiendo mi espíritu lentamente y con cada succión siento cómo mi cuerpo se debilita. Pero no debo empezar mi relato por el final, sino por el principio.

¿Cómo comenzó todo?

Como tantos sábados, había salido por la noche para divertirme. Mientras la mayor parte de mis amigos se dedica a la bebida, ensalzando el nombre de Baco en todas y cada una de las discotecas a las que vamos, yo prefiero ensalzar el nombre de Venus invocando al amor en todas aquellas chicas que tienen a bien cruzarse en mi camino. Estando en esta labor tan encomiable, puesto que el amor es el sentimiento más puro y bello que un ser humano puede sentir, la vi entrar. Llevaba el pelo recogido en una coleta y vestía una blusa negra a juego con su falda que le llegaba por la rodilla. Su cara es preciosa,

iluminada por los ojos verdes más bonitos jamás vistos, y su cuerpo, si bien muy delgado, está perfectamente proporcionado incitando a las mayores perversiones. Como era mi costumbre al ver a una chica tan guapa, me acerqué para hablarle. ¡Qué fácil resultó hacerse amigo suyo! Era como si me estuviera esperando. Me sorprendió mucho cuando me pidió el teléfono. Nunca antes ninguna me lo había pedido. Estuve dudando si darle el verdadero o uno falso, pero al final le di el verdadero (¡ojalá le hubiese dado el falso!).

A la semana siguiente me envió un mensaje preguntándome si me apetecía quedar para tomar un café con ella. Contento, le respondí que sin lugar a dudas. Pasé una tarde muy agradable en su compañía, prometiendo, al despedirnos, que lo repetiríamos. Y eso hicimos durante varios fines de semana, al cabo de los cuales me pidió ir a ver mi casa. Estuvimos charlando animadamente hasta cosa de la una de la mañana.

- Estoy cansada - susurró con una voz que hizo vibrar todos mis sentidos mientras se recostaba en el sofá. No te importa si me duermo un rato, ¿verdad?

Pasando su mano derecha por encima de su cabeza la fue a apoyar sobre mi muslo, demasiado cerca, para mi gusto de mi entrepierna. No sabía qué hacer, si apartarme o acercarme más y comenzar a acariciarla. Ella había cerrado los ojos, parecía estar muy a gusto. Entre el escote, más abierto de lo normal como consecuencia de estar tumbada, podía vislumbrar cómo unos hermosos senos subían y bajaban con cada respiración. De repente se movió como para adquirir una posición mucho más cómoda. Su mano, apoyada en mi muslo, subió, pudiendo sentir cómo se ponía todavía más duro mi miembro con su roce. ¿Lo hizo adrede o fue casualidad? No lo sé, pero mi excitación cada vez iba a mayor. Mi corazón se aceleraba por momentos, y mis ojos, frenéticos, se deleitaban admirando las curvas de su cuerpo.

Transcurridos unos minutos de estar en esa posición, minutos en los que varias veces pensé que me iba a dar un ataque al corazón, ella se giró y mirándome me dijo:

- Necesito una almohada, estoy un poco incómoda. No te importa que me apoye sobre tus piernas, ¿verdad?

Y sin esperar mi respuesta apoyó su cabeza, no sobre mi muslo, como había dado a entender, sino directamente sobre mi miembro. Es imposible que no lo sintiera, latía con tanta fuerza que le tenía que estar golpeando la cabeza con un suave martilleo. Pero ella se hacía la indiferente e incluso de vez en cuando movía la cabeza masturbándome con una suavidad nunca antes soñada. Al poco rato de llevar en esta posición, se giró de nuevo, mirando hacia mi cintura y apoyándose sobre sus manos. Pero en lugar de ponerlas una encima de la otra para formar una especie de concha, las puso hacia abajo, justo encima (¿casualidad?) del martillo en que se había convertido mi entrepierna. En lugar de tener las palmas de las manos abiertas, como suele ser normal en estos casos, cerró una de ellas agarrándome lo que Vd. se puede imaginar perfectamente. ¿Qué fue lo que pensé y lo que sentí en esos momentos? No lo recuerdo, me encontraba tan turbado, tan excitado. No sabía si comenzar a acariciarla yo también a ella o si controlarme manteniendo esa postura tan forzada. Se tenía que haber dado cuenta del grado de mi excitación, ¡pero si me estaba agarrando! Pero no decía nada.

- ¿Qué es esto? - preguntó transcurridos unos minutos, mientras me agarraba con más fuerza. ¡Arg! ¡Qué guarro! - gritó mientras me soltaba y levantaba la cabeza. Yo, que me fío de ti y tú mira en lo que estas pensando.

No sabía qué pensar. La reacción de mi cuerpo era completamente natural. Y era imposible que no se hubiese dado cuenta hasta ese momento.

Se sentó a mi lado y en lugar de alejarse recostó su hombro sobre el mío. El silencio que siguió ese instante fue terrible. Me encontraba tan turbado por las palabras que me acababa de decir que no sabía de qué hablar ni qué hacer. Ella no decía nada, me miraba sonriendo.

- Relájate, anda - me dijo susurrándome al oído, después de lo cual me comenzó a besar en la mejilla.

Yo ya no podía más. No la entendía. Por una parte me llamaba guarro, pero por otra no hacía más que incitarme. Cuando sentí cómo jugueteaba con mi oreja, el contacto de su saliva, noté cómo perdía el control de mi cuerpo. Giré mi cabeza y sumergiéndome en la profundidad de sus ojos me abandoné a las delicias de su cuerpo lujurioso. Mientras mis labios intentaban apagar su hambre, y mi lengua buscaba otra con la que dialogar, mis manos suavemente iban recorriendo palmo a palmo un cuerpo bien proporcionado: lentamente bajaron por los hombros buscando acariciar unos senos bien formados; sus pezones, erectos por la excitación, al sentir las caricias de mis dedos hicieron que segregara todavía más saliva. Estuvo a punto de ahogarme. Después de haber conquistado las dos colinas, una mano decidió investigar la planicie de su estómago. Mis manos temblaban de emoción. Incluso a través del vestido podía sentir el calor de su cuerpo. Cuando llegué a la cintura la abracé con fuerza, besándola.

Mis dedos sedientos de amor, tras encontrar la cremallera de su falda, la bajaron lentamente. Despacio, fue cayendo dejando al descubierto unas piernas bien contorneadas protegidas por unas finas medias. Mientras tiraba de la falda hacia abajo, un dedo muy travieso rozó la entrepierna de mi amada. Gimió de placer. Ya se encontraba muy húmeda, pero todavía no estaba a punto. Tenía que llegar al grado de excitación máxima antes de que nuestro amor fuese culminado con el supremo éxtasis del placer. La puse de pie, y poniéndome de rodillas empecé a tirar lentamente de sus medias aprovechando para ir acariciando primero los muslos, luego los gemelos, los tobillos, para dar por finalizada mi excursión en uno de sus pies. Cuando hube quitado las medias, la empujé suavemente para que se sentara en el sofá. Yo me encontraba sentado en el suelo, a sus pies. Ella temblaba de excitación.

Mis manos, abriendo camino a mi lengua deseosa de impregnar el cuerpo de mi amada con su saliva, comenzaron el camino inverso al usado para quitarle las medias. Con suaves besos fui abriéndome camino hasta alcanzar un bosque frondoso, cubierto por el rocío de una mañana todavía no llegada. Ella me dejaba hacer con ojos ardientes de pasión. Se veía claramente que deseaba que continuase, que le gustaba jugar con locura. Comencé a acariciarle en torno a sus labios inferiores sin tocarlos, salvo únicamente por el aire expulsado con cada respiración. Sabía que eso la excitaba aún más. La besé. Un escalofrío pareció convulsionar su cuerpo. Mi lengua, abriéndose paso a través de sus labios, buscó la esencia de su ser. Permanecí en esta situación un par de minutos.

Cansado de estar arrodillado decidí erguirme no sin antes quitarme los pantalones. [...]

No recuerdo cuántas veces hicimos el amor esa noche, aunque sí recuerdo cómo cada vez que lo hacíamos quedaba más y más enganchado a ella. Me sentía en el éxtasis del placer, era a lo máximo que podía aspirar en la vida.

En lugar de irse a su casa se instaló en la mía y durante un mes disfrutamos del cuerpo del otro como nunca nadie había disfrutado. Me sentía suyo, sabía que no podría vivir sin ella, sin sentir su cuerpo junto

al mío, sin sentir el calor de su pecho, sus caricias, la sensación que embriagaba mi cuerpo cada vez que llegábamos juntos al orgasmo. Me volví loco de amor. En un mes entero no había salido de casa. Como cada vez que hacíamos el amor quedaba muy cansado, cosa que yo suponía normal, ella bajaba a comprar y preparaba la comida mientras yo dormía. En un mes no me duché, ni me lavé, tan solo comía, disfrutaba de las delicias del amor y dormía. Nada más.

Un día me desperté antes de que ella volviera de la compra y decidí aprovechar para darme un buen baño y una buena afeitada antes de que ella regresase. Me decía que no le importaban mis barbas, que me hacían más atractivo a sus ojos, y que mi olor corporal la excitaba aún más. Pero en mi opinión, eso era de guarros y de vez en cuando conviene afeitarse. ¿Cuál fue mi sorpresa al no reconocermelo cuando me vi delante del espejo? Pensando que se trataría de un efecto provocado por mi larga barba me afeité, pero igual. Mi rostro se encontraba demacrado, mis ojos hundidos en sus cuencas. Podía ver perfectamente mis costillas reflejadas en el espejo. El hombre que se encontraba ante mí era un hombre al que le estaban absorbiendo la vida. Por primera vez entendí por qué después de hacer el amor yo me encontraba cada día más cansado. Por primera vez comprendí por qué ella había ido engordando. Ya no era la chica escuálida que yo conociera, sino que ahora tenía muchas más curvas (se notaba muy bien en sus senos que habían crecido bastante), curvas que me incitaban todavía más a los placeres del amor. Se estaba alimentando de mi energía vital. Pero lo más triste del caso es que no me importaba y hoy día sigue sin importarme. No me importa que me maté si puedo seguir a su lado más tiempo. No me importa nada, solo me importa ella. Por eso no he huido.

Han pasado dos meses. Mi aspecto es horrible, pero según ella me encuentro en perfecto estado. Apenas si tengo fuerza para sujetar el bolígrafo. Este es el último intento que mi mente hace por salvarme. Mi corazón, al igual que mi cuerpo, está atrapado por esta vampira sexual. No sé si mi amor es consecuencia de algún tipo de hipnosis que ha realizado sobre mí o si se trata de un amor inspirado de forma natural. Pero la quiero y no puedo apartarme de ella. La quiero. No sé si seré capaz de enviar esta carta. Ahora, una vez que la tengo escrita, tengo remordimientos. No quiero alejarme de ella. Quiero seguir con ella hasta el final, aunque para ello tenga que inmolarla.

Autor: AMLP